

Amada. Y por el contrario: ¿Qué se dice en el mundo de las Niñas que tienen educación?

Blanca. Se dicen muy bien. A cada paso, y por todo se les alaba; incesantemente se les admira; por todas partes se les aplaude; y sin cesar se les está proponiendo por modelo y dechado á las demás Niñas de su edad.

Ana. Yo cayo ya, por dejar lugar á que hable mi compañera; y ella se encargará de darte las debidas gracias.

Amada. Con muchísimo gusto me encargo yo de eso. Bendita séas para siempre, por todas las instrucciones que acabas de darnos. Y quedamos esperanzadas de que nuestra conducta te informará muy presto del fruto que ellas han de producirnos en nosotras.

CONVERSACION II

SOBRE LA CIVILIDAD

Batilda. Si no se nos atribuyése á demasiada osadía, te interrumpiríamos por un momento, para hablarte de un asunto que nos parece muy importante para el comercio de la vida, y en el cual sin embargo, no paran muchas personas la atención.

Gertrudis. A lo que veo, receláis explicaros conmigo, y no sé ciertamente por qué; pues cuando yo vivo en la creencia de que soy una de vuestras mayores amigas, estoy muy lejos de poder inspiraros ninguna timidez ó cobardía. Hablad, pues, sin rodeos, si es que queréis hacerme agasajo en ello.

Clotilde. Pues la *Civilidad* es la materia sobre que deséabamos hablarte. Nos detenía para esto, el temor de que acaso te parecería éste un asunto muy poco serio para emplear el tiempo en él.

Gertrudis. Permitidme ahora, como en desquite que yo os hable con toda claridad, y os diga, que aun no me conocéis bien. Es verdad que yo no gusto de perder tiempo; pero el asunto propuesto es de suma impor-

tancia: y apenas hay cosa en que mejor se pueda emplear el tiempo, que en instruirse bien sobre este particular.

Batilda. Gozosísimas estamos de oírte hablar de esa manera. Dínos pues, si gustas, en qué consiste, á tu parecer, la Civilidad.

Gertrudis. Consiste á mi modo de entender, en una modestia universal, que arregle y acompañe en todo tiempo nuestras palabras, nuestras acciones, nuestras miradas, nuestra postura, nuestros pasos, y todo nuestro exterior, de forma, que en todo esto no haya nada que desdiga ni dé en rostro á nadie.

Clotilde. ¡Admirable respuesta, por cierto! Mucho nos agrada este retrato que acabas de hacer de la Civilidad. Pérmitemos ahora que te preguntemos, ¿si por ventura será muy fácil conseguir esta modestia, en que dices consiste la Civilidad?

Gertrudis. Lo que si puedo asegurar es, que si no es muy fácil, á lo menos no es imposible. No se necesita para eso más que estudiarse cada una bien á sí misma, y observar cuidadosamente todo aquello que en nuestros modales exteriores pueda ofender al prójimo, para evitarlo; no se necesita más que aplicarse á todo aquello que pueda ceder en obsequio suyo, y complacerle. En suma: no se necesita más que consultar, para el modo con que en todo sabemos conducirnos con él, á la razón y á la virtud; y nunca al humor y al capricho.

Batilda. Pues dí: ¿qué diferencia hallas tú entre la Civilidad que nace del humor y del capricho, y la que proviene de la razón y la virtud?

Gertrudis. Aquí la tenéis en dos palabras: la primera es frecuentísimamente desigual; la otra siempre es uniforme: la primera suele no durar más que algunos momentos, y esos muy pasajeros; la otra permanece siempre igual en todo tiempo: la primera nos llena de satisfacciones y de honras, y mañana ya no hay nada de lo dicho; pero la otra no sabe de alteraciones ni novedades; siempre se la encuentra semejante á sí misma en cualquier tiempo que sea, en cualquier lugar, y para con todos.

Clotilde. Esta última es la que nosotras quisiéramos poseer: haznos el gusto de enseñarnos, por qué medios podríamos alcanzarla.

Gertrudis. Si en eso solo consiste, bien presto os satisfaré. Para ser modestas no necesitáis más que ser humildes: como séais humildes, nunca tendréis hacia vuestra persona sentimientos ventajosos y vanos. Nunca os consideraréis superiores á las demás, ni tendréis en menos á nadie. De esta disposición se irá formando en vosotras un fondo de estimación y aprecio para con todo el mundo; que en el exterior producirá una conducta llena de deferencia y de urbanidad con todos: que es lo que constituye la verdadera Civilidad, ó cortesía.

Batilda. ¿Y qué? ¿No puede una ser civil, sin ser humilde?

Gertrudis. Ya lo has dicho tú: sin la humildad no puede haber en la civilidad más que artificio y disimulo, afectación é hipocresía. Sola aquella virtud es la que hace que todo sea verdadero y sincero en nuestras demostraciones exteriores de Civilidad.

Clotilde. Jamás nos había venido al pensamiento, que la civilidad y la humildad fuesen una misma cosa.

Gertrudis. Y pensábais muy bien en eso. Porque de estas dos virtudes, la una no es la otra: sino que la una es fruto de la otra; y ordinariamente son inseparables entre sí.

Batilda. ¿Con que según eso, para ser civil no hay más que ser humilde.

Gertrudis. Absolutamente hablando, pudiera bastar esto: sin embargo, es preciso añadir á lo dicho ciertas decentes congruencias, que suelen practicarse en un tiempo, en una edad, y respecto de ciertas personas; que no vendría bien, se ejecutasen en otro tiempo, en otra edad, en otros lugares y con otras personas.

Clotilde. Díme: ¿será fácil conocer si es la humildad la que produce la civilidad; ó si ésta proviene de alguna otra causa?

Gertrudis. Ya he dicho, que eso se conoce por la uniformidad de conducta: como siempre se manifieste modestia en el exterior; siempre se den muestras de urbanidad, y siempre se tengan unos modales afables y corteses; es clara señal de que se obra á impulsos de la virtud; más, si se advierte desigualdad en la con-

ducta; si hoy se está de buen humor, agradable y compasivo; y mañana de mal humor, grosero y rústico; es indicio cierto de que no se obra por virtud.

Batilda. ¿Y qué? ¿no será necesario observar estas reglas, sino con aquellas personas, que son superiores, ó más que nosotras?

Gertrudis. Sí por cierto; es menester observarlas con todo el mundo; bien que de diverso modo, según la diversidad de personas: y como por lo regular se observan puntualmente con nuestros Superiores; por tanto estas reglas que he dado, más bien se dirigen á aquellas personas que son iguales á nosotras, ó inferiores; porque por lo mismo que tratamos más con ellas, suelen observarse menos, y es mucho más frecuente el faltar á ellas.

Clotilde. Instruidas ya á fondo en lo perteneciente á la Civilidad, te damos palabra de ser muy cuidadosas en ejecutarlo al pié de la letra.

CONVERSACION III

SOBRE LAS CUALIDADES QUE HACEN CONJETURAR FELIZMENTE
DE UNA NIÑA SOLTERA.

Macrina. Nosotras andamos demasiado solícitas esperando hallar en tí lo que buscamos.

Marcelina. Pues ¿qué es lo que buscáis?

Marcia. Buscamos quien pueda instruirnos.

Marcelina. Y ¿qué es lo que deséais saber?

Macrina. En qué se podrá conocer si una Niña soltera será, ó no, persona de provecho en adelante.

Marcelina. Lo primero en esto: si se observare que, cuando ya es hora de levantarse, deja prontamente la almohada y la cama.

Marcia. Jamás habíamos dado nosotras en eso. Pues dí: ¿no es esto una cosa indiferente?

Marcelina. ¡Cosa indiferente! No sabéis lo que os decís: de ahí depende, á mi juicio, todo lo demás.

Macrina. Demasiado apuras tú las cosas.

Marcelina. No hay tal, no; yo no las apuro mucho; y ciertamente de ahí depende todo lo demás: porque ¿para qué te parece á tí que será buena una muchacha.

así; ó, por mejor decir, un ídolo semejante? En su vida sabrá más que dormir.

Marcia. En eso me perdonarás; porque puede muy bien estar ocupada, y trabajando todo lo restante del día.

Marcelina. Yo no puedo creer eso; porque será tal la pesadez y entumecimiento que llegará apoderarse de ella, de resulta de mantenerse mucho tiempo entre las sábanas, que no estará para hacer nada en todo el día.

Macrina. Muy mal concepto te deben las muchachas que son aficionadas á estarse en la cama.

Marcelina. Por muy mal juicio que de ellas se haga, todavía le merecen justamente mucho peor.

Marcia. ¿Con qué no hay cómo desvanecer tus preocupaciones?

Marcelina. Esto no es preocupación, sino razón, conocimiento, experiencia: semejantes muchachas para nada son buenas: si son dueñas de sí propias, no hacen más que dormir; y si están casadas, no sirven á su marido sino de un continuo tormento, por su flojedad é indolencia.

Macrina. Según eso, ¿supones que lo restante del día no hacen nada?

Marcelina. Decís bien, en lo restante del día; pues la mayor y mejor parte de él seguramente la habrán empleado en dormir; y lo demás del día en componerse, en comer, en beber y bostezar.

Marcia. A la cuenta, ¿tu estás haciendo esta pintura, por ridiculizarlas, y por mofarte de ellas?

Marcelina. No, hablo seriamente; y si lo dudáis todavía, tomáos el trabajo de informaros.

Macrina. ¿De quién nos hemos de informar?

Marcelina. Entrad, si gustáis, en varias casas, donde las mujeres se están durmiendo hasta que el sol tiene ya fuerza bastante para desplegarles los ojos; y os convenceréis de la verdad de lo que digo.

Marcia. Sí, sí; ya nos hemos informado, y es así como tú dices.

Macrina. Y, á no haberlo, visto por vuestros mismos ojos, ¿lo creeríais?

Marcelina. Verdad es, que estas dormilonas son enemigas del trabajo y de toda sujeción.

Marcelina. Ya véis claramente cuales son las resultas de tan dilatados y perezosos sueños.

Marcia. No hay una cosa más cierta; siendo muy de temer, que semejantes muchachas han de ser en lo sucesivo unas bravísimas pescas.

Marcelina. Me alegro de que, ya desengañadas, convengais conmigo en este particular.

Macrina. ¿Con que en suma, lo que tú quieres es, que una Niña soltera madrugue competentemente, y que trabaje todo el día, sin desperdiciar ni un momento?

Marcelina. Solamente de aquellas Niñas, que así lo hicieren, se podrá esperar algo bueno en adelante; pues las demás, ni aun vivir merecían.

Marcia. ¡Muy severa es esta sentencia que acabas de pronunciar!

Marcelina. Pues no soy yo, sino el Apóstol, quien dice, que quiere que «las que no trabajen, no coman.» (1)

Macrina. No debemos perder las esperanzas de que estas tales se aprovechen algún día de tus saludables documentos; y dejando de hacer del día noche, trabajen luego todo el día seguido.

Marcelina. Harán muy bien en eso; pero no se han de contentar con eso solamente.

Marcia. Pues ¿qué más se necesita?

Marcelina. Es necesario que tengan también deseos de instruirse en todo lo que debe saber una Niña, para ser útil con el tiempo en aquel estado á que Dios la llamare.

Macrina. ¿Qué cosas son las que han de saber?

Marcelina. Oraciones, el Catecismo, leer, escribir, contar; y todo lo perteneciente á urbanidad ó cortesía, y á la economía y gobierno de una casa.

Marcia. Parece que no les pides tanto sobre este particular como en el antecedente.

Marcelina. Es que no basta, que sepan bien todas estas cosas; han de procurar así mismo con el mayor esmero, sobrepujar en esto á todas las demás de su edad.

(1) Thessalonic. 3, 10.

Macrina. Pero ¿esto no sería vanidad y orgullo?

Marcelina. No; lo que es, sí, una loable emulación: emulación que no se encuentra en las que son dormilonas.

Marcia. Y ¿por qué? Dí.

Marcelina. Porque al paso que el demasiado sueño condensa la sangre, espesa también los sentidos, y condensados ó embotados los sentidos, no son capaces de admitir emulación.

Macrina. Desde luego digo, que hay infinitas muchachas, y aun mujeres ya hechas, que ignoran todas estas cosas.

Marcelina. Tanto peor para ellas; y también para aquellos y aquellas, á quienes por razón de su estado, tuvieren obligación de enseñar.

Marcia. En verdad no creíamos que fuesen menester tantos requisitos para poder formar un feliz agüero de una Niña soltera.

Marcelina. Pues no os espantéis; que aun no lo he dicho todo.

Macrina. ¡Ay! Pues ¿qué más deben tener?

Marcelina. Un amor grande á la modestia.

Marcia. Eso es fácil en las Niñas; porque la modestia es como natural en ellas.

Marcelina. ¡Ojalá! ¡Pluguiese á Dios que eso fuera cierto!

Macrina. Pues ¿qué? ¿Hay algunas en quienes no sea natural?

Marcelina. Y cómo que las hay; y en gran número.

Marcia. Con una cosa así nos sorprendes ciertamente.

Marcelina. ¿Llamaríais acaso vosotras modestas á unas Niñas que son amantes de los atavíos; que hacen cuanto pueden porque las vean, en lugar de esconderse; que visten corto; que frecuentan los bailes y los teatros; que no huyen, no digo solamente de las compañías, pero ni aun de tratar y familiarizarse con jóvenes solteros?

Macrina. No; semejantes Niñas no pueden pasar por modestas en nuestra inteligencia.

Marcelina. Sin embargo, ¿cuántas hay de éste carácter?

Marcia. Pues nosotras pensábamos que no las habría.

Marcelina. Habéis de decir más bien, que no debería haberlas.

Macrina. Según eso, muy pocas Niñas hay que sean modestas.

Marcelina. Yo no siento que vosotras lo digáis, sino que sea así en realidad.

Marcia. A ese paso ¿pocas jóvenes habrá, de quienes se pueda pronosticar bien para lo sucesivo?

Marcelina. Muy pocas ciertamente; y entre un gran número de ellas, regularmente no hay ni aun dos siquiera.

Macrina. ¡Cosa muy deplorable á la verdad!

Marcelina. Y esto es á lo más, más; pero aun cuando tuviésen todas las circunstancias que llevo referidas, todavía les faltaba alguna cosa.

Marcia. ¿Cuál es? Dí.

Marcelina. El gusto á la piedad y devoción.

Macrina. ¿Pues no bastará que tengan esta afición, cuando se hallen ya en edad más avanzada?

Marcelina. No; es necesario que desde la primera edad tengan en su alma las semillas de devoción.

Marcia. Y ¿en qué consiste, á tu parecer, este gusto á la piedad?

Marcelina. En manifestar una alegre y gozosa inclinación á la Oración, á las cosas del Servicio de Dios, y á las instrucciones de piedad.

Macrina. ¿Con qué no serán de tu aprobación aquellas muchachas que dan lugar á que se les mande repetidas veces al día que recen, y hagan oración á Dios por la mañana y por la noche, y antes y después de comer?

Marcelina. Cuando yo veo que sucede así, hago una conjetura muy mala para lo venidero.

Marcia. ¿También vituperarás, según eso, á aquellas Niñas que estando en Misa, ó en los Divinos Oficios, no pueden disimular su disgusto, ni lo mucho que se alegrarían de hallarse muy léjos de allí?

Marcelina. Y ¿cómo podré menos de vituperarlas?

Macrina. ¿Repruebas igualmente á aquellas Niñas, que siempre asisten de mala gana y refunfuñando

las instrucciones, sin haber aprendido lo que deben saber?

Marcelina. ¿Quién habrá que no desaprobe esto?

Marcia. Obra grande es para unas Niñas la que tú acabas de trazar.

Marcelina. Verdad es; pero sin eso no es posible presagiar acerca de ellas nada bueno.

Macrina. ¿Qué diremos, pues, de las que no tienen ninguna de esas señales?

Marcelina. Yo no digo más, sino que me la temo mucho á cualquiera que fuere así.

Marcia. Contentísimas vamos con tus instrucciones; cuya verdad y certeza se viene á los ojos. Aunque por otra parte muy desconsoladas, por las cosas que acabamos de saber.

